

**EL SECRETO
DEL
OBISPO**

Punta Cana 7 Noches

Jordi Díez

A Luz y Marçal, siempre

Mariona miró a su marido. Aún no se explicaba cómo había podido casarse con él.

Le exasperaba casi todo de aquel hombre, y en especial la lentitud que parecía poseerlo, por lo que decidió agarrar sus cosas y salió. Pitus, como lo conocía todo el mundo, corrió para alcanzar a su mujer que bufaba y sudaba bajo aquel sol de justicia como si una ducha de agua caliente se hubiera instalado sobre su cabeza. Pitus le recordó que en el Caribe los movimientos debían ser suaves y acompasó sus palabras con unos pasos de taichí al ritmo de la bachata que sonaba por el hilo musical del hotel.

Mariona lo miró de nuevo y caminó hasta la puerta del hotel ajena a sus estúpidos bailes.

Al cabo de unos minutos, un monovolumen americano del siglo pasado se acercó y el chófer preguntó por ellos. Mariona miró a los dos hombres y mandó al suyo a que se asegurara que dentro del vehículo no hubieran bichos, después le pasó la bolsa con los bocadillos, las toallas, los bronceadores, las cremas de protección, las gafas, el libro, su gorro, una muda de recambio y las zapatillas especiales para el agua. Pitus lo agarró todo y lo tiró al asiento trasero.

El taxista los miró divertido, masculló algo que ni Pitus ni Mariona consiguieron comprender y arrancó. Habían contratado una excursión para visitar una playa cercana al resort, la última playa virgen de Bávaro si no les habían engañado.

El vehículo salió del hotel y se alejó esquivando los agujeros que salpicaban el pavimento. Poco a poco el paisaje se fue espaciando de construcciones humanas y una cortina verde, tejida por miles de arbustos y árboles de todos los tamaños, se impuso al terror que les generaba aquel hombre que conducía con una mano en un volante remendado por mil costuras y la otra en un teléfono móvil último modelo.

Mariona observó la estampa de una virgen, le pareció leer que se trataba de la virgen de La Altagracia, pegada con cinta adhesiva

sobre el espejo retrovisor. De allí mismo colgaba también un crucifijo que el hombre acariciaba de tanto en tanto con la mano del volante, mientras reía y hablaba por el teléfono que sostenía con la otra. No tenían ni idea de qué conversaba el chófer todo el tiempo por aquél aparato. Pitus bajó la guardia y se concentró en el típico paisaje dominicano a través de las ventanillas tintadas del vehículo. Mariona, por su parte, braceaba y señalaba a cada niño que veía caminar solo por el margen de la carretera, o a cada motocicleta en la que anduvieran tres o cuatro pasajeros. Su vista seguía las chatarras cargadas de plátanos, aguacates o mangos que el taxista adelantaba sin soltar el teléfono ni tocar apenas el volante e intentaba fotografiar a las señoras que paseaban con estructuras gigantescas de rulos en la cabeza.

A pesar del absoluto caos que parecía gobernar cada rincón de aquel país de locos, todo su desorden estaba cuajado de una enorme belleza.

Por fin, al cabo de cuarenta minutos, el taxista abandonó la ruta principal y se desvió por un camino de tierra que puso a saltar a la pareja y los obligó a agarrarse a donde pudieran. Serpenteó un tramo más entre agujeros, raíces de palmera, rocas y maderos hasta que de repente se abrió frente a ellos una playa como las que sólo habían visto en los protectores de pantalla de sus ordenadores: palmeras, aguas turquesas y la espuma de las olas rompiendo contra una arena blanca como azúcar refinado. Mariona dejó escapar un suspiro de admiración que Pitus se adjudicó como una victoria y que el taxista ignoró en su camino hacia la zona de chiringuitos al fondo de la playa.

Pactaron el retorno con el hombre y se adentraron en aquella arena fría, blanca y fina tan diferente a la de sus playas catalanas. Escogieron un lugar bajo una enorme palmera que se arqueaba en ángulo recto en dirección al mar y Pitus extendió las toallas, la suya a la sombra de la palmera y la de su mujer al sol. Se aseguró de dejar todo listo y corrió a meterse en el agua mientras su esposa se rebozaba de cremas protectoras y bronceadoras a partes iguales antes de tumbarse al sol. Sin embargo, apenas se recostó sobre la toalla, una especie de bulto comenzó a clavársele justo a la altura de sus riñones. Llamó a Pitus para que viniera a ponerle bien la toalla pero el muy

idiota nadaba panza arriba como si sus gritos no fueran con él. Harta de que aquel hombre no hiciera nada bien, se levantó, apartó la toalla y comenzó a golpear el bulto con la chancla de su marido. Al cabo de un par de chancletazos le pareció ver a una lombriz que asomaba la cabeza. Furiosa, se quitó las gafas de sol que le ocultaban medio rostro y escarbó en busca del maldito gusano que le había turbado la paz. No tardó en dar con uno de los extremos del bicho y tiró de él hasta que un grito se formó en su garganta.

Un grito tan intenso que el propio Pitus salió del agua a tiempo de ver como Mariona caía desmayada junto a una mano con el dedo corazón enhiesto en una última peineta para la eternidad.

Jordi Díez

Día primero. Lunes.

—¡No me joda, comando! —gritó el inspector Guarionex al teléfono —¿Una mano de quién?

El policía cortó la llamada y se reclinó sobre su vieja silla, una chatarra rescatada cien años atrás de un hotel de la zona y que entre el salitre y su sudor la habían acabado de destrozar. Sopló. Unos turistas habían encontrado una mano. Se levantó y salió del despacho.

Un guardia lo esperaba sentado al volante de la camioneta Toyota del cuerpo.

—Y dime —le preguntó al chófer mientras las ruedas del todoterreno saltaban para incorporarse al boulevard.

—Internet anda lleno del tipo, un buen lío. Ya sabe cómo son estas cosas, han sacado al muerto de la arena y le han tirado mil fotos.

Acercó el teléfono al inspector y éste fue pasando las imágenes. Por los signos del cadáver le echó pocas horas de muerto. En las fotos no apreció ningún signo de identificación, ni tatuajes, joyas, nada, sólo un tipo de unos cincuenta años, blanco, seguramente extranjero, que se habría metido en cualquier lío con los tígueres locales.

Le devolvió el teléfono al guardia.

La zona turística la conformaban más de cincuenta mil camas repartidas en los diferentes hoteles y resorts de lujo, lo que suponía una población de entre cien y ciento cincuenta mil turistas que cada semana se cambiaban como si fueran sábanas sucias, por lo que no era el primer extranjero que regresaría de sus vacaciones en una caja de pino, si es que había alguien para pagarla, o que se quedaría en la fosa común del cementerio municipal de Verón si no había quién lo reclamara.

El vehículo entró por el camino de tierra que llevaba a la playa de Macao y ya desde los primeros metros, el inspector pudo ver la cantidad de curiosos, motocicletas, coches, y buhoneros que rondaban tras la estela del muerto. También vio el morro del vehículo de la policía científica entre el barullo.

Unos guardias de la policía turística habían hecho un pequeño círculo alrededor del cadáver y cobraban a los curiosos por hacerse fotos.

—Mande quitar a toda esa maldita gente —le dijo al guardia, y se acercó al cadáver.

De reojo vio como los guardias de la turística pasaron un par de billetes a su compañero y las fotos cambiaron el ángulo para no molestar al inspector.

—Ya hemos avisado al médico legista —escuchó una voz tras él. Era la del coronel Espinosa, un viejo conocido de la policía Nacional, hijo de un senador, y que había hecho carrera en la científica.

—¿Se sabe desde cuándo está así? —preguntó Guarionex.

—Parece que lo liquidaron hace unas cinco o seis horas, lo que no sabemos aún es si lo metieron ahí frío o no. Cuando llegue el legista, nos lo llevaremos para hacerle las pruebas.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó Guarionex, y uno de los guardias señaló con sus labios, a modo de beso al aire, en dirección hacia un pequeño chiringuito en el que otro guardia departía sentado con una pareja de turistas y un montón de curiosos.

El inspector se acercó hasta ellos y se presentó.

La mujer, una tal Mariona Pérez Casavila, o algo parecido, le explicó que su marido se llamaba Pedro Mediavilla Casamajor, que los había llevado a la playa un taxista, que estaban alojados en la habitación 4355 del hotel Catalonia, que eran catalanes, de Barcelona, y que no tenían idea de quién era el cadáver ni lo habían visto antes. Dejó a la mujer y volvió al cuerpo. Como ya había visto en las fotos que corrían por las redes, se trataba de un hombre blanco, pelo rubio ralo, de unos cincuenta años, desnudo, aunque alguien le había echado una tapa de cartón encima para taparle los genitales, sin tatuajes ni marcas visibles.

El inspector agarró un trozo de palo y movió la lengua del muerto. Hurgó con la punta alrededor de la cavidad bucal y entre los dedos de las manos y de los pies. Le llamó la atención la marca de un anillo en el dedo corazón de la mano derecha, un rodal blanquecino que Guarionex atribuyó a un anillo de casado o a uno de aquellos que

lucían ciertos profesionales como señal de pertenencia al gremio. Restregó el palo en el pecho del muerto, apartó la tapa de cartón y movió el pene y los testículos con el mismo palo. Después lo tapó con el cartón y tiró el palo.

—Guárdalos hasta que el fiscal les tome declaración —le dijo al guardia señalando a los dos turistas—. Al tipo lo han vaciado antes y después de meterlo en el hoyo.

Se encaminó al vehículo y montó al lado del guardia.

Dejaron la playa por el mismo camino de tierra y se adentraron en el boulevard. Guarionex, sin mediar palabra con el guardia, extendió su mano izquierda, con la palma hacia arriba, y le hizo un gesto evidente. El chófer lo miró torcido, se echó una mano al bolsillo y le pasó un par de billetes al inspector.

—A ver si se piensa que voy menenando las pelotas de los muertos de gratis —le dijo mientras se guardaba los billetes.

El guardia sonrió. A fin de cuentas, los selfies más caros habían sido los que se tiraron cuando el inspector levantó la tapa de cartón.

La estación de policía se levantaba en pleno corazón de Bávaro, en la avenida de los Estados Unidos, la antigua carretera que unía el aeropuerto con la mayoría de los hoteles y que ahora había quedado relegada unos metros detrás del nuevo boulevard.

Cuando llegaron, Guarionex se encerró en su oficina. Estaba harto de turistas que no sabían medirse, no necesitaba el informe de la científica para saber que aquel desgraciado se había metido en un lío que no había podido resolver.

—¿Qué le pasa a la gente cuando sale de vacaciones? —le preguntó al padre de la patria, Juan Pablo Duarte, enmarcado en la pared.

Sonó su móvil y reconoció el número del coronel Espinosa, de la científica.

—La gente se pone de pendejos cuando sale de vacaciones —le dijo al coronel continuando la conversación que había iniciado con el cuadro—. ¿Tiene idea de la causa de la muerte?

—...

—Cuarenta y ocho horas, ¿y es que se van de romos con él?

Las risas apagadas del coronel dieron la consulta por concluida. La autopsia, como sabía muy bien el inspector Guarionex, no daría resultados hasta al cabo de dos días. Colgó y llamó al guardia de la puerta.

—Mire en todos los hoteles a ver qué maldito huésped es el que les falta y pregunte en los turoperadores. Alguno debe haber reportado ya la ausencia del tipo.

El guardia apuntó las instrucciones del inspector y salió.

No tardaría en recibir una llamada del coronel Feliz solicitando información y era mejor estar preparado. Deseó que el cadáver no fuera inglés ni americano, ojalá sea un ruso o un polaco de esos, pensó. Siempre era más fácil devolver a esa gente a su país que a un gringo.

Guarionex bajó a la calle y el calor lo humilló como Clara había hecho en la noche cuando la sorprendió con aquel tipo.

Se sacó el teléfono del bolsillo y buscó entre las últimas llamadas, allí estaba su número, pasó el dedo un par de veces por encima y al final pulsó en el botón de apagado para guardarlo de nuevo en el bolsillo.

—Vamos al aeropuerto —le dijo al guardia, y ambos subieron en la camioneta.

Llegaron al aeropuerto internacional de Punta Cana al cabo de unos minutos y el inspector le pidió al chófer que lo esperara en el vehículo. Bajó en la terminal A, la que albergaba las oficinas de inmigración, los turoperadores, las consignas y las oficinas propias de la administración y gestión del aeropuerto, y caminó hasta la del director de seguridad.

—Inspector, qué agradable sorpresa —lo interpeló un viejo con fuerte acento americano.

—Winston, tíguere, cada día más joven, vamos a tener que mandarte a tu vaina de país para saber lo viejo que eres.

—Allí hace mucho frío, inspector —rió el hombre, que se había levantado de su escritorio y enfrentaba a Guarionex para chocarle la mano.

Winston James Worthy llevaba treinta años en el país, renegaba de Dominicana y el calor lo mismo que de su Minnesota natal y de la nieve que cada invierno caía sobre su tierra. Era alto, un par de

centímetros más que el inspector, ex jugador profesional de los Vikings. Espaldas anchas, cabeza afeitada surcada por algunas arrugas y pintada con manchas de color café, gafas de concha y pantalón y americana coloridos, siempre. Esa mañana de un mostaza combinado con una camisa púrpura y una corbata amarilla apuñaladora de retinas.

Sacudió con fuerza la mano del inspector y lo invitó a sentarse. Su despacho estaba encarado hacia la pista principal del aeropuerto, de modo que podía ver aterrizar y despegar todos los vuelos a través de una cristallera protegida por dos cortinas venecianas. Las paredes laterales estaban forradas con cuadros de aviones y fotografías de él mismo posando junto a grandes personalidades: presidentes de los Estados Unidos, cantantes, deportistas y cualquier celebridad que hubiera decidido descansar unos días en Punta Cana.

—Inspector Guarionex, me alegra mucho verlo —dijo con fuerza al tiempo que se reclinaba contra el respaldo de su butaca de cuero negro — ¿En qué puedo ayudarlo?

Sus ojos, de un verde gris escalofriante, se achinaron para observar al inspector tras los cristales de sus gafas.

—Winston, necesito que me consiga la lista de los no-show desde ayer a los próximos siete días.

—¿Tenemos un polizón en el país? —preguntó James Winston.

—Al contrario, tenemos un turista menos en el país —respondió el inspector, que se levantó para estrechar la mano del antiguo jugador de fútbol americano.

—¿Blanco, rubio, cincuenta años, a un metro por debajo de las hamacas? —el inspector frenó su despedida y clavó sus ojos negros en la marisma del americano—. Yo también tengo Facebook —se rio el director de seguridad, que estrechó con fuerza la mano del policía.

El inspector devolvió el saludo y correspondió con una sonrisa.

Las fotos del pobre desgraciado corrían más deprisa que una cucaracha con mecha. Guarionex echó un último vistazo a las fotos en las que un Winston de diferentes edades posaba junto a Bill Clinton, Shakira o Michael Jordan, a quien igualaba en altura, y salió.

—Vamos a comer —le dijo al chófer.

Cuando volvió a la base, casi a las tres de la tarde, encontró al guardia al que había encargado ponerse en contacto con los hoteles tumbado sobre una silla de plástico. Le dio una patada en las botas y el hombre se revolvió con un sonoro bostezo mientras estiraba las manos y las piernas formando una gran equis de pereza.

—¿Novedades?

El guardia se recostó de nuevo y movió la cabeza de arriba abajo, después se sacó un teléfono del bolsillo del pantalón, manipuló la pantalla y se la mostró al inspector.

Guarionex agarró el teléfono y leyó el correo que le exponía el guardia. El hotel Ensenada del Rey comunicaba que uno de sus huéspedes, un tal Martin Walsh, no se había presentado al correspondiente check out. No tenía gastos pendientes, pero el hotel no podía retirar las cosas de la habitación hasta que la policía turística acompañara al equipo de seguridad del propio hotel.

—¿De dónde es?

—Boston —respondió el guardia.

—Ok, y levántese, hombre, que parece un trapo ahí tirado.

El inspector se dio la vuelta y regresó a la calle. Subió de nuevo a la camioneta y, cuando apenas salían de la base, recibió la llamada del coronel Feliz.

—A su orden, coronel.

—...

—Tenemos una idea.

—...

—Lo comprendo, sí, mucha presión. No se preocupe, coronel, esta tarde queda resuelto.

El guardia alternaba la vista entre la carretera y el inspector, que guardó su teléfono en el bolsillo y no cruzó una sola palabra más hasta que llegaron al hotel.

El hotel Ensenada del Rey pertenecía a una cadena hotelera española, como la mayoría de las que operaban en la zona. Cuando llegaron a la barrera de seguridad, un empleado avisó de su presencia por radio y a los pocos minutos apareció un carrito de golf conducido por un hombre bajito, algo panzón, con el pelo cortado a cepillo,

pantalones azules y camisa de manga larga con una placa dorada en la que podía leerse el nombre de Pere Joan.

—Inspector, ¿qué pasa hombre? —lo saludó tras cruzar la barrera y ponerse al lado derecho del vehículo de la policía.

—Parece que un tipo ha dejado la habitación sin avisar —respondió el inspector.

El director de seguridad lo miró. Lo habitual cuando se producía una situación de esas características era que enviaran a una patrulla con un par de guardias, pero no a un inspector.

—¿Piensas que pueda ser el tipo que ha aparecido esta mañana en Macao? —preguntó el jefe de seguridad.

—Todo es posible.

Pere Joan arrancó el vehículo de golf y guió al coche del inspector por las instalaciones del resort de lujo hasta estacionarse al frente del bloque de áreas comunes, como se conocía a aquel edificio amarillento de dos plantas en el que se ubicaban los departamentos de telefonía y comunicaciones, informática, recursos humanos, jardinería, playa, transportación y seguridad. Cada uno con su propio personal, su director y su actividad. El complejo, uno de los mayores del país, ocupaba una extensión de casi dos millones de metros cuadrados en los que se repartían más de tres mil habitaciones con una población, entre empleados y huéspedes, de cerca de diez mil personas. Más habitantes que en la mayoría de los pueblos del país.

Pere Joan ayudó a abrir la puerta del vehículo al inspector y lo precedió hasta su despacho, en la segunda planta. Abrió y entraron.

—Espera que las apago —le dijo al inspector apenas cerró la puerta de su despacho.

El director abrió un pequeño mueble encajado en la pared trasera de su escritorio y manipuló una serie de botones hasta que un leve pitido advirtió de que las cámaras de seguridad habían sido desactivadas.

—Nos obligan a grabarlo todo, ya sabes, los protocolos...

Guarionex se sentó frente al director de seguridad, que sobre su silla aún parecía más pequeño y más panzón.

—¿Y entonces? —lo apremió Guarionex.

El director de seguridad giró su silla hacia el ordenador y comenzó a teclear. Al cabo de unos segundos encaró el monitor hacia el inspector con la fotografía de un pasaporte en la pantalla.

—Martin Walsh —recitó el director de seguridad—, estadounidense, cincuenta y tres años, reserva individual, regresaba ayer tarde con destino a Boston. La camarista del turno de mañana ha dado parte de que no había hecho check-out cuando ha ido a preparar la habitación.

El inspector escuchó con atención mientras observaba la fotografía. El hombre se veía mucho más joven en comparación al que estaba en la morgue de Santo Domingo, señal inequívoca de que el pasaporte ya tenía sus años. Vestía un jersey de lana hasta el cuello y unas gafas gruesas de bibliotecario. El pelo, poco, peinado con la raya a un lado y aplastado sobre el cráneo.

—Es el tipo —confirmó Guarionex.

El director de seguridad recuperó la pantalla e imprimió la foto del pasaporte. Esperó unos segundos a que la impresora escupiera una copia del documento a toda página y le preguntó al inspector si quería ver la habitación.

—Iremos con mi carrito, es más rápido para moverse por el hotel.

El inspector asintió y ambos se montaron en aquel vehículo que parecía de juguete.

—Nos han dado uno a cada director —le aclaró Pere Joan intuyendo los pensamientos del inspector. Después avisó por radio de que iban camino a la habitación.

El cochecito se internó en la avenida que comunicaba la carretera exterior con el hotel, un complejo de habitaciones y servicios que se desplegaba como un gran árbol, desde la carretera hasta el mar, poblado por un entramado de callejuelas, bloques de habitaciones, piscinas, restaurantes y jardines diseñados para impresionar a los turistas.

El inspector se fijó en ellos. Hombres, mujeres y niños, la mayoría en bañador, sonrientes, moviéndose libremente entre las piscinas, las casetas de comida rápida y la fauna propia del ecosistema de los grandes resorts.

—El fallecido estaba alojado en la zona más exclusiva del hotel, en el club Ensenada Dorada, en una junior suite con vistas al mar.

El carrito sorteó el último tramo de jardines, rodeó una piscina con jacuzzi en la que varios turistas bebían sus combinados sentados dentro del agua y se detuvo frente a la villa 70, un edificio con aire colonial pintado en blancos y cremas con molduras en la fachada y tres balcones enfocados al mar. En la entrada de la villa, un guardia saludó a su jefe y los acompañó escaleras arriba hasta la habitación 7069. Pere Joan sacó una tarjeta del bolsillo y la introdujo en la ranura de la llave. La caja emitió un leve chasquido y una luz de color verde anunció que el ingenio había desbloqueado la cerradura.

El inspector Guarionex dio un paso al frente y abrió la puerta.

Las cortinas estaban echadas y la penumbra flotaba sobre una cama sin hacer y las formas difusas del mobiliario de una habitación de hotel. El jefe de seguridad metió su tarjeta en una ranura y activó la electricidad de la habitación. El aire acondicionado y el ventilador del techo arrancaron en un zumbido al que se unieron un par de lámparas para descubrir el interior de la habitación. Guarionex se asomó al baño y vio la alfombrilla frente a la bañera, restos de jabón en el sumidero, la pasta de dientes abierta, el cepillo en el vaso, un tubo de crema de afeitar, la cuchilla sobre el mármol junto a un neceser de piel oscura y una toalla de manos arrugada junto al mismo.

Salió y calculó que la habitación, con el aseo incluido, ocuparía una superficie rectangular de unos cuarenta metros cuadrados. Al frente, hacia al mar, dos gruesas cortinas mantenían la luz del sol a raya. Pegado a la pared de la izquierda había un escritorio, un espejo y un mueble bar sobre el que descansaba una gran pantalla de televisión; y al frente una cama tamaño king size flanqueada por dos mesillas de noche, una a cada lado. A los pies del lado deshecho de la cama, un par de zapatos en paralelo a las chanclas del albornoz y la toalla de baño extendida. En el otro lado, todos los cojines que Martin Walsh no había utilizado apilados en la cabecera.

Guarionex avanzó unos pasos y observó la mesilla de noche del lado de la cama que no había utilizado. Sobre el cristal protector de la madera se agrupaba toda la publicidad del hotel, el menú de

masajes, la carta de room service, el catálogo de excursiones, las ofertas de actividades y los bonos de descuento en bebidas y cenas exclusivas. Un montón de cartones apilados junto al mando de la televisión y el despertador, desenchufado.

Abrió el cajón de la mesilla y lo encontró vacío. Rodeó la cama y miró en el otro lado, el que había utilizado el infortunado Walsh. Sobre la mesilla de noche encontró una biblia de tapas marrones ajada por su uso.

—¿Es del hotel? —preguntó el inspector.

—No. Recibimos gente de todo el mundo y tendríamos que poner una biblioteca para contentarlos a todos.

El inspector asintió y abrió el cajón de la mesilla dejando al descubierto un estuche de piel a juego con el del neceser y en cuyo interior encontraron el pasaporte, una tarjeta American Express, algo de dinero y los billetes de avión que confirmaban lo que había dicho el jefe de seguridad, que el vuelo estaba previsto veinticuatro horas atrás con destino Boston. Eso explicaba el estado de la maleta, lista para guardar las últimas prendas y los enseres de aseo, y marcharse. En el armario colgaban unos jeans y una camisa azul de cuadros.

—Parece que el tipo no tenía previsto quedarse —dijo el inspector.

—Eso parece —respondió el jefe de seguridad mientras el inspector recorría las cortinas y una luz brillante como un foco de tortura los obligaba a entornar los ojos.

Guarionex tomó el pasaporte azul norteamericano en sus manos. Lo abrió y lo ojeó. Estaba lleno de sellos aduanales.

—Le gustaba viajar —respondió el inspector al tiempo que le tendía el pasaporte al jefe de seguridad.

—Cuba, Maldivas, Madagascar, Tailandia, Camboya, Filipinas, México —fue leyendo Pere Joan mientras pasaba hojas del pasaporte.

—Es raro que a un tipo así lo engañe un cuero —argumentó el inspector.

Pere Joan calló y le devolvió el pasaporte.

—Mandaré a una patrulla para que ayuden con el inventario —dijo el inspector y ambos abandonaron la habitación.

Cuando llegó a la comisaría, entró a ver al coronel. Le tendió el pasaporte y compartió la mueca de desaprobación de su superior. Un americano muerto siempre suponía un maldito lío. El protocolo era complejo y las posibilidades de que los gringos mandaran a su propio equipo de investigación era algo que les tocaba las pelotas de manera ostensible.

—Que lo monten todo bien, no quiero unos malditos locos con sus vainas de Nueva York por aquí —ordenó el coronel Feliz.

El inspector asintió y salió del despacho. Al final todo quedaría en otro muerto de un infarto más mientras chichaba con una prostituta local, sólo era cuestión de esperar a que la autopsia lo confirmara y caso resuelto. Decidió irse para casa, total ya no quedaba mucho más que hacer.

Cuando salió, vio al guardia que le había hecho de chófer y lo llamó.

—El gringo llevaba un anillo, posiblemente un sello de oro. Chequea con los tígueres que compran las cosas robadas en los hoteles, pregunta a los cueros, buhúa por ahí a ver qué.

El guardia asintió.

Guarionex tiró de la palanca de la puerta de su Toyota Camry y se metió dentro. Hacía años que los mandos a distancia de las cerraduras habían dejado de funcionar y las puertas siempre quedaban abiertas. El cuerpo se le pegó la tapicería, a juego con la pintura exterior, introdujo la llave en el contacto y arrancó. El motor tosió por el esfuerzo y sacó el sedán a la carretera. Pensó en ir a ver a Clara, pero conocía a aquella negra lo suficiente como para saber que apenas lo viera venir lo recibiría de la peor forma que sabía: como si no hubiera llegado nadie. Cambió de opinión y enfiló hacia uno de los cruces más transitados de la zona turística. El lugar, conocido como el cruce de Friusa, había tomado su nombre veintitantos años atrás por la primera empresa instalada en aquel descampado. Ahora acompañaban a la vieja tienda de equipos de aire acondicionado y maquinaria industrial una gasolinera, una cafetería, restaurantes, picapollos, tiendas y docenas de viviendas que luchaban por sostenerse sobre sus vigas de hierro recomidas por el salitre. Era también el lugar en el que habían nacido los shop & drinks, las tiendas de licor al por mayor

armadas con grandes altavoces que envolvían la noche caribeña con sus ritmos calientes, así como zona de paso para los que regresaban a su covacha. El inspector aparcó la tartana junto a la gasolinera y se bajó. Se acomodó bien el arma en la parte trasera de los pantalones y bufó la camisa por encima de la cintura. No vestía uniforme, rara vez lo hacía, pero todo el mundo sabía quién era. Subió los escalones que separaban la gasolinera del resto de negocios y se sentó en una silla de plástico.

A los pocos minutos pasó un niño y le preguntó si quería lustrarse las botas.

El inspector sacó un billete de cien pesos y el niño se arrodilló al frente de sus zapatos.

—¿Cómo va la vaina? —preguntó el inspector.

—Ya sabe, don, en la lucha —respondió el pequeño mientras cepillaba con brío el calzado del policía—, y a usted, ¿cómo le va?

—¿Te has enterado del muerto de esta mañana?

—¿El de Macao? —preguntó el niño.

—¿Es que hay más? —preguntó a su vez el inspector.

—¡No que yo sepa! —respondió el niño con un mohín —, no está bien que la gente venga a guindar los tenis aquí.

—La madre, Miguel, ni aquí ni en ningún sitio.

El niño asintió y cambió el cepillo por un trapo acartonado por la acumulación de suciedad.

—El tipo llevaba un anillo, uno de oro —aventuró el inspector ante el niño, que cuando escuchó la palabra oro soltó un silbido.

—Algún cuero se lo ha robao pa' su tíguere —dijo Miguel sin levantar la cabeza de los zapatos del inspector.

—Necesito que me lo encuentres —le dijo al niño, enseñándole un billete de mil pesos.

Miguel lo miró y el inspector vio el brillo que el dinero arrancaba en los ojos de aquellos desgraciados. El niño bajó de nuevo la cabeza y pasó el trapo con rapidez. Tapó los botes de betún, alineó sus bártulos en la caja y salió a toda velocidad. No estaba acostumbrado a que sus niños, como Clara los llamaba, tuvieran miedo. Al contrario, se jactaban de ser hombrecitos sin temor, por eso la reacción de Miguel lo desconcertó. Quizá la visión de los mil pesos

lo había espantado cuando lo habitual era que con los cien pesos de la limpiada entrara la información.

—No puedes andar de pasao —se dijo a sí mismo, y se fue.

Era temprano, demasiado para ir a casa y mucho más para pasar a ver a Clara. El casino no abría hasta las once de la noche y ya le habían advertido que si volvía a armar un lío, la despedirían. Se puso bien la pistola contra la pretina del pantalón y se subió al sedán. Condujo por unos cientos de metros en dirección al Hoyo y se adentró por una de sus calles hasta el colmado. Vio las caras de siempre moverse al son de la música que comenzaba a tomar cuerpo y hacía vibrar cada lata con la que se había construido el antro. Guarionex bajó del vehículo y se plantó frente al mostrador. Jean Marc lo saludó desde el interior de la pocilga que llamaba tienda y salió al cabo de unos segundos con una botella de Brugal y un par de vasos. El inspector agarró la botella y dejó un vaso. Se sentó en una de las sillas de plástico que circundaban a la vieja mesa de pool y abrió la botella. Se echó un chorro en el vaso y la dejó en el suelo. Al otro lado del billar, un grupo de morenos que trabajaban en la construcción jugaba dominó entre grandes gritos de júbilo y golpes desmesurados en la mesa. Guarionex vio varios envases de cerveza y un par de botellas de romo vacías a sus pies. ¿Por qué habían enterrado el cadáver? Allí morían turistas de a pares y nadie se tomaba la molestia de enterrarlos. Como mucho los tiraban en los cañaverales o en cualquier hoyo de los muchos que había en los campos, pero nadie agarraba una pala, se metía en una playa pública, cavaba un agujero y echaba dentro a la víctima. Eso no era propio de la gente de la zona, por fuerza había tenido que hacerlo un extranjero, se dijo, quizá otro turista. Echó un trago largo al vaso y lo volvió a llenar.

Al quinto, los ojos se le aguaron y los lamentos de José Manuel Calderón, que desgarraban los altavoces del billar, le hicieron apurar el culo de la botella. Levantó el envase vacío a Jean Marc y, al cabo de unos segundos, el moreno se acercó con una nueva.

—Inspector, baje del guindo y venga a echar una mano con nosotros —lo invitó a jugar al dominó uno de los morenos.

Guarionex agarró la botella por el cuello y caminó dando tumbos hasta sentarse entre aquellos hombres duros como varillas de acero que se dejaban la vida en la obra y los cuartos donde Jean Marc.